



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Los enigmas del mundo moderno

Autor: Campa, Riccardo

Forma sugerida de citar: Campa, R. (1996). Los enigmas del mundo moderno. *Cuadernos Americanos*, 2(56), 11-22.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 56, (marzo-abril de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Exécepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial- Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by/-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LOS ENIGMAS DEL MUNDO MODERNO

Por *Riccardo* CAMPA
DIRECTOR DEL INSTITUTO
ITALO-LATINO AMERICANO, ROMA

HASTA LA FECHA la cultura occidental se caracteriza por la elaboración de los criterios propiciatorios de la experiencia en el intento de delinear un código interpretativo de los eventos de la realidad.

El descubrimiento de la palabra, y por lo tanto de los signos que connotan la actividad humana, se perfila como un instrumento capaz de conciliar el pensamiento con la acción. El diálogo socrático condiciona todas las formas de la argumentación y de los ordenamientos institucionales de las comunidades humanas.

La palabra y la justicia son las primeras manifestaciones del consorcio colectivo, de ese conjunto de energías silenciosas y explícitas que se vuelven consecuentes al deseo, a la voluntad de cambio. Mediante la disquisición sobre cuanto interesa al mayor número o a los más capaces, se exterioriza el diseño de las estructuras y de los sistemas normativos, de los cuales depende la legitimidad de los actos realizados para conseguir objetivos.

Entre los instrumentos empleados para lograr resultados prácticos y el equilibrio necesario para contener los efectos se instaura una relación que se encuentra en el origen de la sintaxis expresiva. El conocimiento se delinea por lo tanto como el breviario de la vida asociada, de las relaciones que se instauran entre los individuos que operan en un hábitat natural, destinado progresivamente a transformarse en un contexto artificial, en el cual cada actor social actúa, no sólo para la satisfacción de las propias necesidades, sino también para garantizar una permanencia y una seguridad al conjunto de la comunidad.

La geometría nace, en el mundo helénico, para hacer frente al cálculo de las necesidades, para medir los espacios, para configurar

el microcosmos del hombre con las mismas características del macrocosmos. La tragedia y la comedia designan dos modos de reaccionar de la condición humana frente a los desafíos de la naturaleza y de la organización social. Las figuras paradigmáticas que se deducen de la representación artística tienen el deber de uniformar el comportamiento dentro de ciertos límites. Y, en consecuencia, hacerlo responsable de cuanto realiza en el plano de la creatividad individual.

Las finalidades didáctico-terapéuticas de las descripciones míticas o fabulescas se concilian con aquéllas empresariales: la laboriosidad de Hesíodo se justifica con la concepción no sólo bastante difundida sino consolidada, de que todo cuanto pueda ser realizado implica la admisión de una suerte de "alianza genética", de algo que atañe a la colocación de la humanidad en el contexto natural. Los primeros pensadores helénicos son, de hecho, físicos, observadores de lo creado, capaces de establecer correlaciones entre las dimensiones terrenas y las celestes, entre la tierra y el cosmos. Por esta razón, el Olimpo de los griegos está poblado de personalidades que recuerdan las actitudes, por otra parte no siempre edificantes, de los mortales.

La palabra instaura una relación entre lo permanente y lo perecedero de la condición humana en el intento de disociar a los mortales de las influencias extraterrenas y contextualmente inducirlos a la preservación del propio juicio crítico también en el ámbito de la fe, de lo trascendental. La vida asociada está formada por una serie de factores que rozan de continuo lo imponderable y el caos. La entropía, que en la física contemporánea asume una función dirimente acerca del modo de entender los fenómenos naturales, en la antigüedad griega se configura como una acción turbadora destinada a quedar contenida en los límites del conocimiento. La amistad, la medida y el juicio concurren a delinear un orden, que la estrategia dialéctica tiende a volver explícito en la organización civil y política. La utopía de *La República* de Platón está empapada de aquellos componentes ideales en los cuales se reflejan con tonos cada vez menos agitados el buen sentido y el sentido común.

Los recursos humanos contrastan con una suerte de aparente atonía de las cosas, que en cambio parecen interceder ante un hipotético tutor del orden cósmico, como la inercia lo hace con el movimiento, en el intento de volver más comprensible y manifiesta la dinámica de la existencia. La alegoría se revela siendo el equivalente de la simpatía que se intercambia entre los individuos; la misma

suple a las incongruencias de la expresión y hace siempre un adecuado uso de las palabras en las instancias que se manifiestan a nivel individual y a nivel colectivo. Los enunciados de la geometría, de la aritmética, contribuyen para volver comprensible el malestar de la existencia.

También el ordenamiento jurídico romano confía en la palabra, capaz de extraer, de las vicisitudes comunitarias, una *ratio*, una concepción que la vuelva comprensible y sostenible en el curso de la historia. Las comunidades civiles y las comunidades políticas se vuelven operativas e interactuantes cuando disponen de un aparato normativo que salvaguarde la fisonomía y los aportes culturales. La declinación y el fin de un sistema de conocimientos se conjugan con la reactividad del poder decisonal. Cuando la estructura política romana no está más en condiciones de asegurar una coherente administración de las áreas para las cuales es llamada a obrar, también la cultura e *in primis* la lengua que la transmite sufren condicionamientos destinados a centrifugarse en el habla vulgar.

Las lenguas neolatinas (el francés, el italiano, el español), que heredan del latín la conceptualización del pensamiento, inauguran una nueva estación de intereses, destinada a prolongarse durante toda la Edad Media y hasta la Edad Moderna. La ampliación de los espacios, la utilización y la difusión del conocimiento —gracias también a la imprenta— permiten dar relieve a las nuevas empresas y a la aventura (en los mares y en la tierra firme). El navegante y el mercader se acreditan con un criterio apto para conocer, que hace abstracción cada vez más del principio de autoridad. La Edad Media se caracteriza por la fidelidad al poder espiritual o al poder mundano, por otra parte en continuo conflicto ideológico entre ellos. La necesidad por parte del hombre moderno de librarse de los vínculos de las creencias en la realización de su potencial creador constituye el resultado de la relectura de los clásicos del pasado. El tiempo asume una valencia económica e induce a los Estados-nación a hacerse garantes de las empresas económicas que sus miembros logran realizar. Frente a la subordinación tradicional se oponen el interés, el cálculo y hasta el desprejuicio. El escenario del mundo se delinea como un gimnasio capaz de satisfacer las expectativas de los que actúan para conseguir ventajas en condición de suscitar, con la envidia social, la competencia y por lo tanto una general movilización de los recursos intelectuales y manuales.

Nicolás Maquiavelo delinea en *El Príncipe* una inédita fisonomía del hombre político y una nueva categoría del comportamiento social, hecha plausible por la imponderabilidad de los fines

que los modernos Estados-nación se proponen alcanzar. La simulación permite al individuo fingir sus propias convicciones y reaccionar frente al fingimiento de los otros. El arte de la ficción, que tiene estrechas correlaciones con el arte de la figuración, muestra dos hemisferios mentales, ambos plausibles y sin embargo, entre ellos, complementarios. El desafío ante el cual cada individuo acepta estar expuesto es el de la fortuna, que puede ser retenida, capturada, por la virtud.

Estas entidades fisioterapéuticas, como la necesidad, la fortuna y la virtud, están en la base del hombre moderno, de un hacedor rapsódico de la historia. Éste se propone aceptar los altibajos de la existencia mundana sin renegar completamente de sus creencias en un reino de los fines. Su religiosidad es aparente y sobresaltada, como sus convicciones, que también en la ciencia aparecen los trazos y los recortes de un testimonio contradictorio y discutible. El mundo de las incertidumbres, que Robert Musil exaltarán en las primeras décadas del Novecientos en *El hombre sin atributos*, se compeñía en la aspereza de los propósitos, en la incondicionada función concedida por el Iluminismo a la razón y por el Romanticismo a la emoción.

La modernidad se exterioriza en el razonamiento, en la disposición de las frases, de las figuras, de las representaciones que arbitrariamente determinan las formas con las cuales interrogar y comprender la realidad. El arte de la ficción disciplina la mente y le permite mantener con las energías del Universo una relación polémica, capaz a su vez de provocar profundas agitaciones sociales. El descubrimiento de las fuentes de energía —el carbón, el petróleo, el átomo, el núcleo atómico— condiciona el desarrollo económico del planeta y determina una escala jerárquica de los recursos de conformidad con la política de potencia.

Paradójicamente, a principios de la época contemporánea, justamente la razón, considerada por el Iluminismo como el principio de identificación de todos los seres operativos, como factor homogeneizante, se transforma en precepto de discriminación. Si todos los hombres racionales tienen iguales derechos (naturales), el éxito de aquellos que ejercen con desprejuicio o soltura la inteligencia está justificado y hasta exaltado. Mas es justamente este principio de homologación objetiva el que termina volviendo consecuente la diferenciación en términos de fe y hasta de razas. Los marginados de la historia se confían a la clemencia (más a menudo a la inclemencia) de los más afortunados. Las doctrinas económicas que justifican esta desigualdad se proponen constituir un criterio normativo

—una suerte de ética del éxito— que encubre un *pactum (sceleris)*, algo muy cercano a una “alianza” fratricida.

Las corrientes de pensamiento, propiciatorias de una relación con más equidad entre las comunidades sociales a nivel planetario, sostienen una distinta interpretación de las potencialidades racionales del hombre. Éstas afirman la diversidad de los individuos y contextualmente la vulnerabilidad de sus recursos bajo el dominio de la acción ideológica desarrollada por los centros decisionales del poder económico internacional y multinacional. Los flujos migratorios, que se verifican a nivel mundial desde las regiones más pobres hacia las más ricas, son portadores de culturas que no pueden ser sofocadas sin perjudicar el equilibrio planetario. El multietnismo y el plurilingüismo responden a exigencias de identificación que el racionalismo iluminista reivindica como irrenunciable y que, de hecho, se realizan solamente en aquellos países en los que la revolución industrial permite a las masas urbanizadas, industrializadas, politizadas y sindicalizadas reclamar.

La entropía social contemporánea se desprende de una perversa copresencia de factores antitéticos; por un lado el sistema económico tiende a la uniformidad; por otro, el potencial operativo resulta cada vez más diferenciado y difícilmente homologable en un esquema unitario. Los conflictos intestinos en las diversas áreas del planeta son el resultado de una movilización general, vuelta aún más convincente por la trama de las comunicaciones que se instauran con sorprendente rapidez. La “aldea global” de Marshall McLuhan no es solamente una realidad, sino también una metáfora capaz de engendrar sugerencias imitativas, al menos a nivel subliminal, que promueven la disociación institucional y la potencial, continuada transgresión a todo tipo de reglas puestas en acto por el ordenamiento tutelar.

En la atmósfera *fin de siècle*, la obra de Oswald Spengler *La Decadencia de Occidente* se configura como la caída de las certidumbres burguesas, que se identifican no solamente con la “doble moral” (la de los vicios privados y de las virtudes públicas), sino también con la concepción científica fundada en la problemática y la aproximación. En 1900 el conde Zeppelin realiza el primer vuelo, Max Planck enuncia la teoría física de los *cuanta*, Sigmund Freud realiza la interpretación psicoanalítica de los sueños y Ernst Haecckel difunde la doctrina biológica esclarecedora de los “enigmas del mundo”.

El sentimiento de la decadencia de Occidente está ligado al inconsciente deseo colectivo de librar la razón de los vínculos de la

causalidad y por ende de la previsión y de la consecuencialidad e insertarla en el libre circuito de las premoniciones y de lo imponderable. Esta actitud, fuente de las acciones perturbadoras y de las indecisiones sociales, es la responsable de la interpretación mecánica de la historia. Las "tempestades de acero", descritas por Ernst Jünger durante el primer conflicto mundial, no son exorcizadas por el frente de las tradiciones, que combate las innovaciones científicas y tecnológicas como si fueran cruzadas bárbaras o de cualquier modo ideológicamente marcadas por un código racial. La disputa entre física aria y física hebrea, que divide la Alemania de las primeras décadas de este siglo, simboliza la alteración mental que está en el origen del sistema totalitario.

El rechazo de todo intento por considerar la opinión individual como parte integrante del proceso cognoscitivo a nivel comunitario está en el origen de las discriminaciones raciales y de los desafíos lanzados por la resistencia a toda innovación. La Europa de las profundas transformaciones conceptuales de los primeros decenios de este siglo denuncia un grado de alienación que encuentra en la dramaticidad su expresión más inmediata. El colapso mental, al que sucumbe la Europa de las revoluciones culturales contemporáneas, denuncia un clima de extrañamiento, al que se piensa pueda poner remedio el ectoplasma de un individuo, la apariencia de un oráculo, que parlorea desde las angosturas del tiempo sobre los destinos del mundo. Paradojalmente, sus apocalípticas previsiones se compendian en un radiante porvenir; frente a las crepusculares representaciones del fin se oponen las imágenes de la regeneración.

El fin de la Primera Guerra mundial hace aparecer evidentes en Europa y en América los factores del cambio que promueven, en escala planetaria, una nueva concepción de la existencia: el advenimiento de la electricidad (1878), del automóvil (1885, Daimler y Benz), de la cinematografía (1895, los hermanos Lumière), de la telegrafía (1895, Marconi), de la radio (1904), del aeroplano (1895, Lilienthal, 1903 los hermanos Wright). Y, sin embargo, se manifiestan notables reservas acerca del grado y del significado del progreso. El irracionalismo (Friedrich Nietzsche), si bien contradice los resultados conseguidos por la racionalidad, en efecto inicia una suerte de retorno a los orígenes, de toma de conciencia de aquella energía primigenia, que en periodos recurrentes aflora en la superficie de las cosas y las compenetra. En su significado tentacular, el irracionalismo se configura como la cínica aceptación de una idea del mundo, que hace abstracción de las representaciones iniciáticas

al dolor y a la muerte (la tragedia) para delinear un inescrutable reino de los fines, en el que a la inteligencia humana le es difícil penetrar. La paradoja, la metáfora y el aforismo (este último género literario frecuentado sobre todo por Karl Kraus) permiten imaginar las fronteras de lo imponderable y eludirlas.

La ciencia física tiene una función innovadora en el plano práctico y disociadora en el plano teórico. La constitución del átomo y sucesivamente del núcleo atómico, que los fundamentos del pensamiento tradicional quisieran describir mediante el empleo de la similitud y de la analogía, parece ser extraña a toda forma de reflexión consolidada. La realidad física se configura con las dimensiones de la experiencia común con el agregado de una nueva dimensión (el espacio-tiempo curvo), hasta la fecha extraña a la experiencia. La apariencia asume un significado simbólico en competencia con el cálculo mental de la tradición; a la geometría euclidiana se oponen las geometrías riemannianas, que miden espacios y tiempos coordinados por la misma presencia del observador. Cada individuo es un observador de la realidad; con su sola presencia influye sobre los campos energéticos en los cuales actúa volviendo problemática la medición.

La intuición (Henri Bergson) y el instinto se proponen como criterios de la comprensión inmediata de la realidad, en su constitución orgánica. La intuición repropone el significado de la existencia en términos conjeturales pero capaces de evocar los primeros resplandores del pensamiento y sus primeros fundamentos. Las filosofías de la voluntad y de la acción que se extienden hasta el vitalismo se proponen legitimar la complejidad del organismo humano sustrayéndolo al dominio exclusivo del intelecto. El *Homo faber*, destinado a obrar en la fábrica y a dialogar con el mundo por intermedio de la cadena de montaje, propone mentalmente cánones expresivos esenciales, en grado de competir con aquellos de la propaganda política y de la publicidad comercial.

La rebelión de las masas —descrita por José Ortega y Gasset— es ilusoria o al menos así aparece a los mismos miembros de la sociedad tecnológica y del mercado. La concepción de Ortega coincide con la visión de los conservadores, preocupados al ver invadido el planeta por hordas de personas que lo asimilan a su propia conciencia y lo memorizan (con la máquina fotográfica o con la filmadora). La religión pánica, que se expande en la época de las masas, está invadida por el sentimiento del recuerdo; la transformación de los espacios comporta la modificación de los lugares del arte y del testimonio. Lo efímero y la arqueología del saber (Michel Foucault)

se compendian. Y contextualmente vuelven plausibles las filosofías de la praxis (William James y John Dewey), que en los Estados Unidos de América constituyen un antídoto contra el totalitarismo y un componente orgánico de la democracia participativa, que tanto fascinó a Alexis de Tocqueville.

En efecto, no son las ideas las que tienen preeminencia, sino los hechos sobre las ideas. Paradojalmente, el siglo xx se caracteriza por la preeminencia de la acción sobre la contemplación pero con la condición de considerar también la plegaria como un movimiento interior destinado a desestabilizar el equilibrio energético del sistema (político, económico, social) en el que se manifiesta. La fenomenología de Edmund Husserl y el existencialismo del Martin Heidegger de *Ser y tiempo* (1927) concurren a individualizar en el experimento una suerte de juicio histórico, que aparece pleno por las circunstancias, que el marxismo define condiciones objetivas, es decir menos extrañas al deliberado propósito de las clases económicamente hegemónicas de abusar, en la empresa, del trabajo de las clases dependientes. El acto de los filósofos de la acción deviene con la participación del trabajador en el nuevo orden (para usar una metáfora de Antonio Gramsci) político y económico.

La preocupación de la Iglesia romana frente al materialismo y al ateísmo de las doctrinas del compromiso económico y social se muestra en el reconocimiento de los católicos como una fuerza alternativa e igualmente comprometida en dar su contribución a la movilización modernista. Las encíclicas sociales de la Iglesia romana más significativas bajo este aspecto, destinadas por otra parte a suscitar también de la parte católica desconfianza y resistencia frente al totalitarismo, son *Rerum novarum* (1903) de León XIII y *Quadragesimo anno* (1931) de Pío XI. El cristianismo socialista o el socialismo cristiano aspiran a contener los efectos de la secularización, que por su naturaleza no contempla rémoras morales y ningún tipo de perspicacias dialécticas para otorgar autoridad a la norma, ya sea del poder espiritual o del poder temporal. El catolicismo se interroga sobre la eficacia de una ideologización del "todo está permitido" en un contexto económico y social contradictoriamente predispuesto a regimentar la fuerza-trabajo y dar comienzo a aquel inmenso proceso de transformación de la economía agraria a la economía industrial. La fábrica echa sombra sobre la catedral, mientras la movilización paramilitar, propia del totalitarismo, tiende a constituir un orden, fundado en una disciplina que ambiciona representar una trama ideal a la historia y resolver definitivamente los "enigmas del mundo".

La concertación de los impulsos irracionales a nivel individual, que desembocan en la anarquía o en el misticismo, con el conformismo de aquellas fuerzas sobre las cuales la fábrica ejerce una fuerte atracción, se desarrolla en la profecía hacia atrás, en la religiosidad sin Iglesia, promovida por Lev Tolstoi, que ambiciona un cristianismo primitivo, en el cual la precariedad de la experiencia se corrobora con la esperanza y con la expectativa de la salvación. Esta expectativa, sin embargo, no incluye el cálculo del más allá sino la atenuación de los conflictos, provocados por el deseo de competir y de sobresalir, propio del *Homo economicus*, que en el mercado entrevé el *ring* para sus encuentros, sobre los cuales se extiende providencialmente aquella "mano invisible" vaticinada por Adam Smith.

El pacifismo de Tolstoi, que encuentra en Gandhi a un exégeta, se opone al uso de la violencia para dirimir los conflictos entre los hombres, los Estados y las naciones. La "resistencia no violenta" es posible, sin embargo, en un contexto institucional empeñado en varios frentes y no en condiciones de concentrar los propios recursos bélicos en un solo sector (como sucedió al Reino Unido, consuetudinario a conflagrar en Europa y a contener las propias reacciones aflictivas en la India). Por lo demás, *La masa solitaria* de David Riesmann, delinea un tipo de individuo empeñado en obtener ventajas eclipsándose en el anonimato, que es —al menos así aparece— pacifista. Las guerras estallan por el arrojo y la osadía de aquellos jefes carismáticos de los cuales escribe Max Weber, dividido entre el tradicional liberalismo representativo y las fuerzas irracionales que también interactúan en la determinación de las formas de gobierno más adecuadas para responder a las expectativas de las sociedades empeñadas en el proceso económico a elevado régimen racional.

La contraposición entre la primacía del individuo y la primacía de la colectividad está en el origen de todos los conflictos ideológicos del siglo xx. Si la idea de progreso se concretiza en el liberalismo, el volumen de la industrialización en su fase de consolidación y de expansión comporta el compromiso de una serie de actores, que en primera instancia tratan de disminuir o cuando menos contener a la competencia. La competencia de tipo tayloriano o manchesteriano se vuelve con el tiempo cada vez más virtual o hasta anacrónica. La concentración de los recursos (de capitales, de mano de obra) induce a los actores económicos a preferir los sistemas políticos donde la estabilidad constituye un factor determinante de la productividad de la empresa. La tendencia monopolística, en fin, condiciona el

ordenamiento político en el que se delinea como posible. El nacionalismo a ultranza y el imperialismo son los efectos de la política de injerencia de los grupos económicos (de los *lobby*) en los contextos políticos sometidos a un penetrante martilleo ideológico.

El colonialismo y el anticolonialismo (que en América Latina constituye el movimiento ideológico más inquietante desde principios del siglo XIX) se concluyen dramáticamente con la Segunda Guerra mundial, que marca también el fin de la concepción eurocéntrica de la historia. El hecho de que una obra como *El estudio de la Historia* de Arnold Toynbee no encuentre ecos entusiastas en el mundo académico de los años cuarenta-cincuenta de este siglo demuestra cuánta perplejidad se había difundido entre la *intelligentsia* europea después de los resultados de la invasión japonesa de Pearl Harbour y la realización por parte de los Estados Unidos del proyecto Manhattan. La soldadura entre el Occidente europeo y la América anglosajona, por una parte, se justifica con la aprobación de la Reforma y la superación de las discriminaciones religiosas de la época posterior al Renacimiento y, por otra parte, constituye un último baluarte de la cultura mediterránea en contraposición o en abierta crítica con las otras culturas del mundo. El escenario internacional se presenta, de hecho, diferenciado de acuerdo con empujes ideológicos cada vez más radicales, hasta el más despiadado fundamentalismo religioso. Y, contextualmente, éste se encuentra marcado por la presencia de una fuerte corriente de pensamiento democrático, que se apoya en el derecho de las mayorías, y también en el derecho de las minorías y específicamente sobre el derecho de las oposiciones.

El contraste entre la democracia y la dictadura se vuelve cada vez menos evidente. La tendencia a la autocracia y en fin a la teocracia pone en peligro el libre ejercicio de la palabra y del juicio. La crítica al sistema político en vigor corre el riesgo de ser admitida sólo formalmente, ya que los medios empleados por los centros del poder decisonal son a menudo solapados y hasta subliminales, ya que se emparentan a aquéllos empleados por el poder económico para publicitar sus productos. Las ideas y los productos son vehiculados con los mismos instrumentos en el intento de simplificar al máximo las elecciones ideales, conceptuales. El principio de la conveniencia, que la cultura occidental elabora con evidente complejidad desde el siglo V a.C., es presentado a los telespectadores como el resultado de lo obvio. La subestimación de la mente humana está implícita en la exoneración del juicio crítico propuesto

implícitamente por los más difundidos medios de comunicación. El instrumental del que estos medios se valen es inédito y probablemente esté destinado a provocar profundas perturbaciones sociales.

El fin del bipolarismo ideológico, consecuente a la caída del Muro de Berlín, marca ciertamente un punto a favor del pluralismo cultural e institucional, aunque los ordenamientos políticos del planeta responden a una suerte de precariedad congénita. La atracción lúdica y el depotenciamiento ético de las comunidades sociales hace difícil la administración, además, de la definición de cuanto, en el reciente pasado, se denomina "bien público". El debate alquimista sobre la ingeniería institucional demuestra que la coherencia cultural de las comunidades sociales es menos prevenida y consistente de cuanto parezca. La televisión —como sostiene Karl Popper en un ensayo de los últimos años de su vida— deslegitima continuamente cuanto la tradición, la costumbre y la misma manifestación estética legitiman. El lenguaje televisivo hace abstracción de aquel articulado, que se basa en la literatura, sobre las pruebas felices y angustiadas de las distintas colectividades sociales empeñadas en obrar en un contexto natural e históricamente condicionado.

El nuevo nacionalismo y el nuevo socialismo —que desde los años sesenta sustituyen al tercermundismo— se deducen de la desideologización del mundo para recuperar una suerte de baricentro ideal desde el cual promover su intervención en las áreas más próximas a la propia influencia política y cultural. La protesta juvenil de los años sesenta y setenta es la más abierta denuncia del totalitarismo camuflado de internacionalismo o multinacionalismo económico: la generosa cuanto espectacular protesta de las generaciones que tienen la suerte de frecuentar las universidades no se une a las expectativas de esas mismas generaciones que están forzosamente inmersas en el mundo del trabajo. La restauración de los años ochenta y el resultado de aquel vacío neumático que se abre en las sociedades tecnológicamente avanzadas, en las cuales la desocupación y la consiguiente corrupción asumen las connotaciones de los flagelos bíblicos. La resistencia —si así se puede llamar— frente a la declinación de la persona a favor de las máquinas (las cadenas de montaje están en parte asistidas por robots) se desarrolla contradictoriamente en la subestimación de la vida. La droga y los sollozos que la caracterizan son parte integrante de un escenario psicodélico, en el que la palabra no ejerce ningún atractivo y el silencio incumbe tiránico como en un convite infernal del último día de la creación.

El debate sobre la sociedad abierta o cerrada, que de Aristóteles a Popper atraviesa la historia occidental, se compenetra de la

exigencia de hacer referencia en forma alternativa a los modelos pluralísticos o monolíticos, que a su vez se corresponden a las exigencias de las estructuras políticas de pequeñas o medianas dimensiones en contraposición con las estructuras políticas de amplias dimensiones. “La fuerza y el atractivo del pensamiento monolítico”, sostiene Karl Dietrich Bracher, “están estrechamente ligados a la necesidad de grandes objetivos y de valores afectivos también en la política. La ansiedad de trascender la dimensión prevalentemente materialista y amenazante de la política en la democracia pluralística crece sobre todo en los Estados industriales, cuyas necesidades elementales en parte están saturadas, pero en parte chocan contra los límites del desarrollo, de lo cual nace después la exigencia de una compensación emocional y espiritual. Un nuevo idealismo romántico se perfila en el horizonte. Y es difícil pronosticar si se convertirá en un elemento de movilización, o si en cambio el peso admonitor de las experiencias históricas logrará, en el siglo del totalitarismo, a retenerlo dentro de sus confines”. El budismo de los años setenta, que se degrada en la espectacularidad, parece poder conseguir dos salidas, entre ellas contrapuestas: o la transformación antropológica y por lo tanto una incógnita potencialidad creativa de la humanidad; o una degradación de la misma, confortada por la mística de la evocación y de la añoranza. El primitivismo y el asistencialismo, presentes en las reivindicaciones contemporáneas, son los componentes de un aparato explosivo, del cual las generaciones contemporáneas presagian la fuerza disociadora.

La más dramática contradicción de nuestro tiempo se sintetiza en una tendencia, generalmente considerada irrenunciable: la reivindicación de los derechos humanos se manifiesta en un concierto de intereses que no siempre son sincrónicos con aquellos contemplados por la democracia liberal. Los individuos parecen presagiar el fin de toda legitimidad ideológica, en condiciones por otra parte de volver operantes a las instituciones, y sin embargo no renuncian a testimoniar, en las formas a menudo más disolutas, la propia vocación al sortilegio de la palabra, de la expresión de un juicio auspiciosamente en condiciones de exorcizar el desorden mental y el descrédito político.